

Antoni Puigverd

## Audacia o cobardía

Mientras, expectante, observo el comportamiento de Pedro Sánchez, que, armado con el peor resultado de la historia del PSOE, y ante un panorama de alianzas imposibles, osa intentar formar gobierno, me ha venido a la mente una escena del libro X de la *Eneida*. Eneas acosa las costas del Lacio, pero Turno, el rey de los rútuulos, se parapeta en la orilla del mar y alienta a los suyos contra el invasor: “Corramos antes al agua mientras ellos, al desembarcar, en sus primeros pasos dudan y vacilan. La fortuna ayuda a los audaces”. La última frase es un tópico conocido: “Audentes fortuna iuvat”, aunque se suele citar erróneamente: “Audaces fortuna iuvat”. La raíz es la misma, pero si *audentes* se refiere a los *atrevidos*, *audax* significa *osado*. La diferencia es mínima, pero significativa. El atrevido tiene el coraje de enfrentarse a una situación difícil, mientras que el audaz osa enfrentarse a algo muy superior a sus fuerzas. El audaz desafía a los dioses, por ejemplo. En la España de hoy, el audaz Sánchez osa desafiar el *establishment* español y europeo que exige la gran coalición con el PP; y osa desafiar también a las viejas glorias de su partido, empezando por el semidiós González.

Todo juega en contra del intrépido Sánchez, cuya personalidad, sin embargo, está cuajando en esta batalla desigual contra los dioses. Quizás los dioses (las condiciones objetivas) lo derrotarán, es decir, harán inviable su candidatura a la presidencia. Pero yo no tengo tan claro que muera en combate. Sánchez era un hombre muerto: al día siguiente de las elecciones lo proclamó su compañera (y, por consiguiente, enemiga íntima) Susana Díaz. Sánchez no tenía más salida que esta: desafiar el statu quo, aprovechar la brecha que le dejaba el atrofiado Rajoy e intentar el triple salto mortal. Siempre que David se enfrenta a Goliat (otro ejemplo mítico de osadía), genera una gran corriente de simpatía social. Todos los líderes deben pasar por una “prueba de fuego”. Puede que dejen la piel en el empeño, pero si sobreviven, ganan respetabilidad, fuerza y prestigio.

Sánchez carecía por completo de estas tres virtudes (respetabilidad, fuerza y prestigio). En el debate a cuatro que tuvo lugar durante la campaña, fue el más flojo. Frente a la contención, la fuerza y el sentido épico de Pablo Iglesias, Sánchez parecía un anuncio de barbería de los años setenta. Frente al impecable conocimiento de los temas de la vicepresidenta Sáenz de Santamaría, Sánchez parecía

el típico chico guapo de la clase que consigue por la jeta que la más estudiosa le deje copiar los exámenes. Junto a Albert Rivera, el atractivo de Sánchez quedaba eclipsado por un competidor más listo, más joven, más moderno, más ágil, más ingravido: sin el peso muerto del PSOE. Pero el espíritu de lucha y la intrepidez que Sánchez ha exhibido estos días le están convirtiendo en un tipo entrañable. Aunque no consiga llegar a la presiden-

Oportunismo, cobardía y avaricia son los defectos que la gente odia más (a pesar de que son los más comunes)



cia, nadie podrá quitarle ya este mes de protagonismo. El analista electoral Ignacio Varela sostiene que, suponiendo que haya que repetir las elecciones, “no hay dinero para pagar” este mes de precampaña.

La imagen del luchador siempre es atractiva, sobre todo si contrasta con la de un rival como Rajoy, que encarna el oportunismo, la cobardía y la avaricia. Rajoy se exhibe como un oportunista por la forma en que ha querido forzar el papel del Rey. Se ha portado como un cobarde al no querer presentar su candidatura al Congreso: prefiere callar a perder. Y aparece como el político avaro: preocupado por guardar su finca, indiferente a las necesidades del país. Oportunismo,

cobardía y avaricia son los defectos que la gente odia más (a pesar de que son los más comunes).

¿La fortuna ayuda a los audaces? Todo el mundo recuerda a David, vencedor de Goliat; pero nadie se acuerda de Turno, el rey audaz que luchó contra Eneas: perdió. He consultado a mis moralistas de cabecera, para dilucidar la cuestión. Leopardi en su *Zibaldone* sostiene que la audacia es hija de la necesidad, mientras que la cobardía aparece cuando hay algo que perder. Sánchez lidera un partido de instalados, repleto de viejos cascarrabias (Felipe, Leguina, Corcuera), que sintoniza muy bien con el conservadurismo de los que no quieren complicaciones y tienen miedo a perder lo que poseen (sean negocios, sea la escasa pensión de jubilado). Pero Sánchez, que no tiene nada que perder,

se arriesga. Y arriesgándose, se acerca a las jóvenes generaciones (que votan Podemos y C's). También ellos demandan riesgo: no tienen nada que perder.

Haciendo hincapié en lo que puede echar a perder un gobierno muy reformista y extremoso, olvidamos los peligros que ha encarnado Rajoy hasta ahora: el de un cobarde antirreformismo, no menos extremoso. Reflexiona sobre ello otro moralista, Montaigne. Dice que al hacerse mayor se apercebía de que un exceso de severidad eclipsaba su alegría. La vejez, dice, “me arrastra hacia atrás, y hasta la estupidez”. Y concluye: “La sabiduría tiene sus excesos, y no necesita menos moderación que la locura”.●

Joana Bonet



## Sabina en el Paradís

Ríe Sabina frente a un plato de jamón en el restaurante Paradís, recordando que Bélgica, cuando estuvo casi un año y medio sin gobierno, experimentó un considerable crecimiento, y que en Perú les fue mejor después de que Fujimori dimitiera por fax. Son cosas que se dicen con mayor determinación si te sientas en uno de los restaurantes preferidos de nuestros políticos, pegado al Congreso. Sólo en lugares como estos, donde se ha tramado tanta gloria, puede fumarse en los privados: la manga ancha así de madrileña es tan tremenda como rumbosa.

Joaquín Sabina se ha hecho pintor. Presenta un lujosísimo libro-objeto dentro de una caja lacada: 2.100 euros el ejemplar. Todas las caricaturas se acaban rompiendo. Así son las cosas: el golfo del bombín negro, el de la ronquera vacilona, después de pisar incontables escenarios, rodar miles de kilómetros, vivir en Londres, reventar la movida, encender La Mandrágora, local mítico donde ejercía de nazaré tunante con Krahe frente a las crestas del Rockola..., después de todo eso, y de sobrevivir a un ictus y hace un mes a una peritonitis, entra en el catálogo de Artika, un Olimpo artís-

El músico asegura que sus dibujos no son arte, como tanto ha repetido que sus canciones no son poesía

tico español que ha editado a Goya, Picasso, Dalí, Chillida, Barceló o Plensa. Eso sí, el músico asegura que sus dibujos no son arte, como tanto ha repetido que sus canciones no son poesía. Es un intruso. Lo que dice haber sido en la vida.

Dejó la coca y las noches en blanco hace diecisiete años; no necesitó ayuda. Nunca probó la heroína –“creo que por pueblerino, como por una intuición”–. En los conciertos, para salivar mejor, chupaba sal, hasta que un día los músicos le dijeron: “Colega, la gente se cree que es farlopa, y dice: ¡Mira qué mala educación!”. Cuando llegaba borracho a casa pintaba una puerta junto a la que hoy se fotografía. Bebe tequila recién operado del estómago, como el torero que se cura de una cornada, y mientras va pintando mujeres Lempicka, señoritas emparentadas con las de Matisse o Gauguin. Llama a sus dibujos *garagatos* –“un garabato doméstico, un animal de compañía”–, y empezó a pintarlos hace más de veinte años, para quedarse mudo entre concierto y concierto. Sabina se ponía a garabatear culos con encanto, tan delicados como expresivos. Le fue encontrando propiedades curativas al dibujo –además de protegerlo de las *selfies*– y los rotuladores se convirtieron en calmantes de la autoexigencia y el miedo escénico: “Pintar es una cosa maravillosa porque está el papel en blanco y unos colores, y puedes mezclarlos como quieras. Y además no tienes que enfrentarte al público, no tienes al tendido del siete diciéndote: ‘Arrímate más, cabrón’. Las palabras significan cosas, y en la pintura a veces basta con los colores y una mínima forma”. Sabina apura su tequila, se ríe de sí mismo y, entre sonrisa y nervio, habla con un aire de canción en la mirada que viene de lejos, del paraíso.●

Jaume Casals

## La hora de las universidades

La universidad española ha hecho una evolución extraordinaria los últimos 30 años. En Catalunya se ha cuadruplicado el número de estudiantes y se han generalizado las escasísimas actividades académicas vinculadas a la cultura y a la investigación. Con todo, la distribución de estos progresos no ha sido ni mucho menos homogénea en el Estado. En torno a un 10% de las 85 universidades multiplican los resultados de la media y son, lisa y llanamente, instituciones incomparables al resto.

El proverbial uso ambiguo de la palabra *universidad* por todo el mundo se ha instalado a gusto en nuestro contexto. Las universidades se han diversificado hasta el fondo, pero seguimos considerándolas iguales y responsables del mismo tipo de servicios. Se

suele hablar de las universidades públicas como de una especie de red básica comparable a la sanitaria o a la de la educación obligatoria. Aún peor, se ha establecido como modelo de financiación *justo* lo que responde únicamente al tamaño de cada universidad, con independencia de las características de sus resultados y objetivos. Además, el sistema normativo hispánico tiende a la telaraña que se va metiendo silenciosamente hasta la cocina y la despensa de las pretendidamente autónomas universidades. Un rector bastante tiene con vigilar que se cumplan las reglas escritas, sin ninguna obligación de dar cuentas de los efectos más o menos benéficos de los recursos con que ha contado.

El debate sobre la función de las universidades está pendiente, pero tanto la administración como la sociedad civil actúan decidiendo y opinando sobre precios, con-

tratación de profesorado, admisión de estudiantes, calidad y objetivos como si la base estuviera clara desde hace mucho tiempo. Muchos gestos que aquí parecen evidentes escandalizarían en las universidades del mundo que nos gusta citar como ejemplares.

Quedamos azorados cuando suenan las trompetas de las noticias sobre rankings o estudios expertos. El último dirigido por Francisco Michavila muestra que en las universidades españolas no hay estudiantes internacionales de grado. Y salta la alarma. *Comment peut-on être persan?* La política local, ahora, está distraída en otros escenarios. Pero no son incompatibles con este: es la hora de las universidades. Ha llegado el momento crítico de aceptar la diversificación y borrar con energía buena parte de la legislación vigente, para permitirles que puedan proponer su propio destino.●